

Colección
**Justicia transicional, derechos humanos
y violencia de masa**

dirigida por **Sévane Garibian**

Adam ROSENBLATT

En busca de los desaparecidos

CIENCIA FORENSE DESPUÉS DE ATROCIDADES

Prólogo por Mark Goodale

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦

Diseño: Gerardo Miño
Composición: Eduardo Rosende
Imagen de portada: Paula Allen

Edición: Primera. Agosto de 2019

ISBN: 978-84-17133-79-5

Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2019, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦

Dirección postal: Tacuarí 540
(C1071AAL) Buenos Aires, Argentina
Tel: (54 011) 4331-1565

e-mail producción: produccion@minoydavila.com
e-mail administración: info@minoydavila.com
web: www.minoydavila.com
facebook: <http://www.facebook.com/MinoyDavila>

Índice

Prólogo, <i>por Mark Goodale</i>	9
Prefacio	11
Agradecimientos	17
Introducción	
Empezó en las fosas.	
Un movimiento de derechos humanos toma forma	21
PARTE I	
La política de las fosas comunes	67
Capítulo 1	
Las partes interesadas en las investigaciones forenses internacionales ..	69
Capítulo 2	
La política del dolor	121
PARTE II	
La filosofía de las fosas comunes	169
Capítulo 3	
La forense de lo sagrado. Investigaciones de los derechos humanos, prohibiciones religiosas	171
Capítulo 4	
Muertos sin derechos	205
Capítulo 5	
Cuidando a los muertos.....	221
Apéndice	259
Referencias bibliográficas.....	263
Índice onomástico	281

A mis abuelos:

Jean y David Bialer, que reconstruyeron el mundo

David y Frances Regenbogen, amados sobre y bajo tierra

Prólogo

En *busca de los desaparecidos*, de Adam Rosenblatt, es un excepcional y conmovedor trabajo de investigación. Su estudio de lo que Rosenblatt llama el “oscuro rincón de la práctica de los derechos humanos” es analítico en el mejor y más perdurable de los aspectos. Al aplicar una variedad de herramientas metodológicas a la historia, las prácticas y los dilemas de la ciencia forense luego de la atrocidad en masa, su libro revela nuevas posibilidades, incluso radicalmente nuevas, para reconciliar las tensiones entre los diferentes grupos que están profundamente involucrados con la investigación, la búsqueda de justicia, la construcción de significado y las posturas políticas después de graves violaciones de los derechos humanos. Al mismo tiempo, Rosenblatt está profundamente inmerso en la esencia del libro, no solo como erudito, sino como alguien cuya historia de vida y sus experiencias de investigación en el campo dan forma a su análisis incisivo dentro de una más amplia ética de compromiso. Esta ética se expresa en la escritura clara y libre de jerga de Rosenblatt; en las cuestiones en que se siente obligado a continuar; y, en última instancia, en el persistente, incluso inquietante, efecto que el libro tiene en el lector. Como argumenta Rosenblatt, el informe interdisciplinario pero inmersivo que desarrolla es una orientación necesaria para contar la historia de cómo una “pequeña revolución científica” –el uso de técnicas científicas innovadoras para separar los hechos de la dolorosa complejidad de la atrocidad en masa y sus secuelas– se convirtió en un proyecto global. Sus experiencias de campo con los Médicos por los Derechos Humanos, que representaron un papel fundamental en el desarrollo global de las investigaciones forenses de derechos humanos, le dieron una perspectiva ventajosa exclusiva desde la cual observar la fusión de lo que él describe como los cuatro principios morales que distinguen, de todos los demás, a este “campo en red”. Antes, ya fue hecha la observación de que la ciencia es la práctica de una específica, y privilegiada, forma de verdad. Pero, en manos de Rosenblatt, se nos muestra cómo esta práctica se estremece cuando se enfrenta al dolor colectivo, a la exigencia espiritual y a las prácticas culturalmente diferentes de la muerte. En segundo lugar, su perspectiva privilegiada como investigador “críticamente generoso” abre el estrecho mundo de las investigaciones forenses y

demuestra que los profesionales presentan una muy necesaria insistencia en la autonomía política para procesos muchas veces trágicamente politizados. Tercero, la síntesis innovadora de Rosenblatt revela el sorprendente hecho de que los investigadores forenses de derechos humanos están, a su manera y en términos bastante diferentes, tan preocupados por las implicaciones universalistas de su trabajo como lo están los activistas políticos y legales humanitarios con cuyas investigaciones científicas contrastan claramente. Y, finalmente, el libro muestra cómo las investigaciones forenses, después de la atrocidad en masa, se centran en las víctimas de una manera elemental, inmediata y absolutamente única. Una cosa es presentar un caso ante los tribunales en busca de responsables por las víctimas de atrocidades, y otra muy distinta es pasar horas y días entre los restos en descomposición de las propias víctimas en una búsqueda enfocada en establecer un registro fáctico de la perpetración, y su consecuencia, que no se pueda refutar de manera confiable.

Y es aquí —cuando *En busca de los desaparecidos* retoma la pregunta, aparentemente obvia pero a menudo ignorada, sobre la función, el significado y la materialidad de las víctimas muertas— que el estudio de Rosenblatt trasciende el género del análisis académico, toma su lugar entre la literatura que nos enseña, de manera similar, nuevas formas de entender y de preocuparnos por la mortalidad de aquellos de entre nosotros que han sido quebrantados, violados, torturados, desechados. En muchos sentidos, el libro de Rosenblatt hace por los derechos humanos lo que el elegíaco y galardonado libro *This Republic of Suffering*¹, de Drew Gilpin Faust, hizo por nuestra comprensión de la Guerra Civil Estadounidense. Al igual que Faust, Rosenblatt también revela el hecho preocupante, pero a menudo negado, de que los muertos están en el centro de la violencia de masa. Pero en muchos aspectos Rosenblatt va más allá que Faust. Como las víctimas muertas por las atrocidades en masa todavía están con nosotros, bajo nuestros pies, continuarán hablándonos solo si estamos dispuestos a escuchar. Y si escuchamos, si acudimos a ellos y los tratamos con el cuidado que les fue negado en vida, los hacemos, en palabras de Rosenblatt, “valiosos nuevamente”.

Mark Goodale
Editor de la serie

1. N. de las T.: *This Republic of Suffering* (Esta república de sufrimiento).

Prefacio

Mi abuelo murió cuando yo tenía catorce años. Después de su servicio fúnebre, el cual siguió la tradición judía, los familiares y amigos fueron de la funeraria a su tumba, dijeron algunas bendiciones y comenzaron a colocar piedras en la tapa de su ataúd. Una vez que lo bajaron a la tumba, se iban turnando para palear tierra dentro de ella. El entierro judío es una cuestión de comunidad. Como Samuel Heilman observa en su etnografía, *When a Jew dies*,¹ “el funeral [judío] afirma repetidamente que, en medio de la muerte, la vida todavía continúa y no estamos solos. La mortalidad de una persona no presagia ni garantiza la muerte y la desintegración de todo”.² Al hacer que los dolientes comiencen el trabajo de sepultura, el ritual está destinado a fomentar un sentido de compañerismo, así como a llevar a casa la realidad física de la muerte: el ataúd, el cuerpo, la tierra. Como muchas otras costumbres judías, es una extraña mezcla de calidez humana y la dura realidad.

No pude hacerlo. En ese momento, para un adolescente que perdía a su primer familiar cercano, palear tierra en la tumba de mi abuelo parecía morboso. Sin embargo, después de la ceremonia, mi madre ofreció esta explicación de lo que el ritual significaba para ella: “Quería ayudar a hacer la manta que lo cubriría”. Al verlo de esta manera, inmediatamente lamenté la oportunidad que me había perdido de enviar un último pequeño mensaje de ternura al hombre que me había dejado trepar a su cama temprano en la mañana, despertarlo, contarle historias y cantarle canciones.

Mi abuela murió más recientemente, cuando yo tenía veintinueve años, y esta vez no perdí la oportunidad de ayudar a poner una capa de tierra sobre ella. Fue conmovedor ver el decreciente número de sus amigos, muchos de ellos frágiles y temblorosos, que se esforzaron por palear hasta la última pizca de tierra sobre su tumba. Antes del funeral y la ceremonia junto a la tumba, y a diferencia del funeral de mi abuelo, se invitó a la familia inmediata a ver el cadáver descubierto de mi abuela en su ataúd, una desviación

1. N. de las T.: *When a Jew dies* (Cuando muere un judío).

2. Heilman 2001, 74.

de la costumbre judía.³ Mi instinto, como cuando se me ofreció la pala en el funeral de mi abuelo, era no querer formar parte de eso. Mi abuela era una mujer intensamente preocupada por su dignidad, que iba al salón de belleza antes de cada visita nuestra. Siempre era una anfitriona perfecta: incluso en las habitaciones que ocupó en hospitales y centros de rehabilitación hacia el final de su vida, nos ofrecía a mi esposa y a mí las pequeñas latas de jugo de arándano y de naranja que acompañaban sus comidas. Pensé que querría que mi último recuerdo de ella fuera el de una mujer viva, no de un cadáver y, de hecho, esta suposición acerca de la dignidad de los muertos es, precisamente, lo que algunos rabinos invocan al explicar por qué los funerales judíos no tienen los ataúdes abiertos.

Sin embargo, esta vez era consciente del arrepentimiento que podría sentir en el caso de reconsiderar, más tarde, el sentimiento de que en la tumba de mi abuelo yo había perdido una oportunidad que nunca se repetiría. Así que fui a ver a mi abuela. Ella había sido embalsamada (otra desviación de la costumbre judía) y lucía relativamente normal, aunque un poco hundida, delgada y cenicienta. El problema fue que cuando fui a tocar su frente, ella estaba fría. Claro que lo estaba. Sin embargo, lo que la mente sabe que es lógico puede conmocionar al cuerpo, y sentí las puntas de mis dedos retroceder de la carne que no tenía la temperatura que se supone que debe tener, carne que se sentía más como tela que como piel.

Una decisión que tomé por temor al remordimiento terminó más como un sentimiento de traición. Había hecho exactamente lo que mi abuela no hubiera deseado: me había dado a mí mismo un último recuerdo de ella como algo pasivo en vez de la mujer intensa, cálida y ocurrente que había sido: la fuerza de la naturaleza en un cuerpo menudo.

En el tiempo transcurrido entre las muertes de mi abuelo y de mi abuela, trabajé para una organización, Médicos por los Derechos Humanos, que investigó las fosas comunes después de las masacres, los genocidios y las desapariciones forzadas. Fui así aún más consciente, luego de perder a mi abuela, del milagro que eran todos los pequeños indicadores de dignidad e identidad para los cuerpos de mis abuelos: un funeral, una parcela propia, una lápida y un nombre para escribir en ella.

Mis dos abuelos fueron sobrevivientes del Holocausto nacidos en Polonia (tengo tres abuelos sobrevivientes del Holocausto, pero nunca conocí a mi abuelo biológico, que murió joven de una enfermedad cardíaca relacionada con la fiebre reumática que contrajo mientras estaba preso en Treblinka).

3. Según Heilman (2001), la lógica de los rituales funerarios judíos sostiene que “mirar directamente la cara y el cuerpo de los muertos” (...) es estar duramente afectado por la innegable pasividad del cadáver, lo que hace difícil creer que un pasaje a otro tipo de existencia ha comenzado. Así que los muertos judíos son traídos un breve período antes del entierro, colocados en un ataúd o envueltos en un catafalco ante todos los que están reunidos en el funeral, un inequívoco muerto aunque no completamente visible” (pp. 76-77).

El abuelo que conocí, el abuelo David, había sido separado de su primera esposa y de su hija de tres años, Miriam, cuando el ghetto de Łódź fue “liquidado”. Aunque nunca habló de esto con sus hijos o nietos, mi abuela dijo que la esposa de David y Miriam habían recibido un disparo justo en frente de él. Finalmente, terminó en Alemania, en el campo de concentración de Sachsenhausen, utilizando sus habilidades de grabado para ayudar a los nazis a falsificar moneda extranjera y así fue como sobrevivió a la guerra.

Mi abuela perdió a su primer marido y a toda su numerosa familia, a excepción de un hermano. Pasó por varios campos de concentración nazis, incluido Auschwitz, donde Josef Mengele, el “Ángel de la muerte” de los nazis, la dirigió hacia la línea de duchas que funcionaban, en lugar de hacia las cámaras de gas. Mengele, un icono de la pseudociencia racista, tendría sus propios restos identificados, décadas más tarde en Brasil, por un equipo de científicos expertos que incluía a Clyde Snow, fundador del programa forense de Médicos por los Derechos Humanos y un gigante en el campo de la antropología forense, que murió justo cuando se estaba completando este libro.⁴

Crecí sabiendo que mis abuelos habían sufrido cosas que nunca podría imaginar. Pero fue mucho más recientemente, y después de mi tiempo en Médicos por los Derechos Humanos, que se me ocurrió considerar, entre esos sufrimientos, el hecho de que mis abuelos nunca hubieran podido visitar las tumbas de la familia que perdieron. Sus seres queridos no solo fueron asesinados, sino que se *habían ido*. Estos son los “desaparecidos” de mi familia.

Pero con unos pocos giros del destino, los cuerpos de mis abuelos fácilmente podrían haber sido cenizas sobre Polonia, o podrían haber estado con los otros miles de judíos que todavía yacían en fosas comunes por toda Europa. Pero, en cambio, ellos habían sobrevivido, habían venido a los Estados Unidos, habían sido padres y abuelos, y habían muerto en un lugar donde podían ser individualizados, lamentados y cuidados.

Mis experiencias con la ciencia forense se caracterizaron por dos reacciones igualmente fuertes al trabajo que hacen los expertos forenses: por un lado, miedo y, por el otro, admiración, en parte alimentada por mi propia historia familiar.

Cuando me convertí en asistente de investigación del Programa Forense Internacional de Médicos por los Derechos Humanos en 2004, en Cambridge, Massachusetts, tenía experiencia en organizaciones de derechos humanos, pero no había tenido contacto con la investigación forense. Al principio, mi trabajo me mantuvo aislado de la realidad material de las fosas y de los cuerpos: supervisaba los informes de seguridad en nombre de mi supervisor, Bill Haglund, que viajaba por Irak recopilando información sobre fosas

4. Joyce y Stover 1992, 143–91.

comunes mientras la guerra todavía se desarrollaba furiosamente. Editaba sus comunicados escritos apresuradamente y organizaba archivos llenos de fotografías de cuerpos contorsionados en pozos fangosos, etiquetados con nombres extraños pero que pronto serían conocidos: Ovčara, Nova Kasaba, Kibuye, etc.

Finalmente, ingresé al mundo físico del científico forense en un viaje a Ciudad Juárez, México, en que acompañé a Bill y a un patólogo forense para una evaluación de la capacidad forense local. La razón por el viaje fue la controversia acerca de las investigaciones sobre los femicidios, las violaciones brutales y los homicidios de mujeres en Juárez y en otras partes de México. Algunas de estas víctimas fueron conservadas en una morgue que visitamos, situada fuera de la ciudad, donde se les hizo la autopsia. Mientras seguíamos a nuestro guía turístico charlatán por los laboratorios, cerca de donde yo sabía que estaban los cadáveres, busqué la oportunidad de retirarme: encontré un escritorio vacío donde podía escribir un correo electrónico a la sede central mientras Bill y el patólogo inspeccionaban los cuerpos. Pero yo era el único hispanohablante de nuestra delegación que hablaba con fluidez, y Bill quería hacer algunas demostraciones improvisadas de enseñanza para los jóvenes antropólogos forenses que trabajaban en la morgue. Así que terminé traduciendo mientras Bill y los otros antropólogos examinaban un conjunto de restos. Era un esqueleto, un hombre, no una de las víctimas del femicidio. El olor se quedaría conmigo: principalmente provenía de los productos químicos utilizados para limpiar el cuerpo y quitarle la carne restante, pero justo debajo de esos olores percibí el hedor de la muerte. Durante las siguientes semanas en Cambridge, cada vez que entraba al baño en el trabajo y olía el líquido limpiador del conserje, me daban pequeños ataques de pánico. Podía volver a oler la muerte.

Mientras traducía para Bill, de pie sobre los restos, también supe que al otro lado de las puertas que tenía frente a mí había una habitación refrigerada con restos de carne de las mujeres y niñas que habían muerto en los femicidios. Ellas habían sido violadas, brutalizadas, asesinadas, abandonadas como basura en los terrenos baldíos y los desagües cloacales de Juárez luego de salir de la escuela, o después de tomar el autobús a casa desde sus trabajos en las fábricas fronterizas llamadas maquilas, con sus cintas de cassette y sus cuadernos llenos de garabatos en sus mochilas. Sus cuerpos, en las bandejas de la morgue, tendrían caras reconocibles, con moretones y cortadas. Estarían desnudas, tan vulnerables a mi mirada en la muerte como lo habían estado en vida con sus violadores.

Ahí es donde puse límites: bastaba con el mediocre español del patólogo. Yo no había tenido ningún entrenamiento previo a la partida, ninguna preparación para enfrentar los cuerpos en ese refrigerador gigante. Yo era, otra vez, ese niño de catorce años en el funeral de mi abuelo, negándome a tirar tierra sobre una tumba, pensando: *sé que esto podría ser importante, sé que todos los demás lo están haciendo, pero no puedo.*

A lo largo de este libro, exploro este oscuro rincón de la práctica de los derechos humanos: estos expertos que se reúnen en lugares de muerte y devastación para buscar cadáveres y, junto con los cuerpos, sus historias, así como las esperanzas que quedan en este mundo de encontrar algún tipo de justicia en su nombre. En los Estados Unidos, estamos en medio de una larga fascinación cultural con la ciencia forense. Podemos elegir entre *CSI*, *Huesos* o una serie de otros programas de televisión y novelas de temática forense. También vivimos en lo que para muchos observadores de la política internacional es “la era de los derechos humanos”, con una conciencia cada vez mayor de las causas de los derechos humanos (enseño en una universidad donde se requiere que todos los estudiantes hagan un curso semestral de derechos humanos) y una proliferación, a veces vertiginosa, de organizaciones de derechos humanos, de instrumentos legales y de invocaciones. Extrañamente, pocas personas parecen saber sobre la intersección de estos dos campos: las investigaciones forenses de derechos humanos.

La ciencia forense es tanto el pasado como el futuro de los derechos humanos. Desempeña un papel importante en la documentación de fosas comunes y atrocidades, desde Argentina hasta Sudáfrica y Bosnia, que han impulsado el movimiento mundial de derechos humanos y el aumento del discurso sobre los derechos humanos. Las formas únicas en que la investigación forense combina las nuevas tecnologías con el activismo internacional también la colocan a la vanguardia de la práctica de los derechos humanos.

Además de hacer que este tipo de trabajo en derechos humanos sea más visible, también deseo que sea mejor entendido por el público en general, los académicos, los defensores de los derechos humanos, los científicos y por mí mismo como alguien que está tanto atormentado como conmovido por mi encuentro con este trabajo. Los científicos forenses y las organizaciones en las que trabajan no necesariamente comparten la misma visión de activismo en derechos humanos, ética científica o política internacional. Trabajan en todo el mundo en entornos destrozados por el conflicto, atrapados por el gobierno corrupto y en el faccionalismo étnico y político. No todos estos lugares se encuentran en el “Sur global”; en la ciudad de Nueva York después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, y en Nueva Orleans después del huracán Katrina, entre otros lugares, el desastre repentino dejó al descubierto los huecos de una democracia rica al lidiar con un gran número de personas desaparecidas o para tratar a todas esas personas desaparecidas como de importancia igual. Los expertos forenses también tienen contacto con culturas cuyas actitudes sobre el cuerpo muerto pueden diferir radicalmente entre ellas y también con los procedimientos estándar y suposiciones de la ciencia forense. La investigación forense internacional, en otras palabras, no es una búsqueda científica pura de la verdad y de la justicia, sino una forma de asistencia humanitaria que, como cualquier otra, es enteramente política.

Cuento las historias sobre mis abuelos y sobre mi visita a la morgue en Juárez para registrar un sentimiento de admiración que ninguna de mis investigaciones me ha quitado. La mayoría de nosotros no posee ni las habilidades ni el valor para unir carne y huesos humanos en descomposición, a fin de encontrar nombres, pruebas e historias. Los que llevan a cabo este trabajo están haciendo algo profundamente ético: llegar a la historia y hacer contacto con aquellos que han sufrido algunas de las peores cosas que se pueden sufrir en esta vida y al abandonar este mundo. Sin embargo, ahora he pasado el tiempo suficiente con estos expertos como para saber que la mayoría de ellos no desea que se le coloque en un pedestal heroico ni se lo deje habitar en una zona vulnerable no examinada del proyecto internacional de derechos humanos. Quieren hablar, contar historias, resolver problemas y pensar juntos.⁵ En las páginas que siguen, busco proporcionar información y puntos de referencia que inviten a nuevas personas a unirse a esta conversación, a la vez que ofrezco enfoques de mi propio campo de especialización, las humanidades, que los profesionales pueden usar para reencontrar su propio trabajo a través de una perspectiva diferente.

Estudiar fosas comunes cambia la forma en que uno ve el mundo. He llegado a percibir la tierra como un lugar salpicado de legados de violencia justo debajo de su superficie, pero también como un repositorio dinámico de *cuerpos amados* y las preguntas apremiantes y urgentes que nos plantean a todos. Ningún avance tecnológico, ningún esfuerzo concertado, volverán jamás a hacer este espacio que está en sí mismo en un proceso constante de decaimiento, absorción, cambio y regeneración, completamente transparente y comprensible. Me permitiré una comparación entre mi propia ocupación de profesor y el trabajo de los investigadores forenses: como una buena enseñanza en el aula, una buena investigación forense es un ciclo continuo de hacer preguntas, descubrir respuestas y usar esas respuestas para producir nuevas preguntas, mejores y, a menudo, más difíciles. Hasta el esperado día en que los cuerpos ya no se abandonen en las fosas comunes, y todos los dolientes que buscan a los seres queridos perdidos hayan encontrado lo que están buscando, estas preguntas permanecerán allí, justo debajo de nuestros pies.

5. El proyecto Fosas Comunes de la Universidad de Tennessee y el proyecto de Identificación de ADN Post Conflicto y Post desastre de Carnegie Mellon (en los que participé) son ejemplos de programas multidisciplinarios orientados a problemas con la participación significativa de expertos forenses.

Agradecimientos

En los años en que trabajé en este proyecto, la gente, a menudo, me preguntaba cómo podía pasar día tras día pensando en fosas comunes, violaciones de los derechos humanos y otros horrores. La respuesta es que, cuando terminaba de trabajar, al final del día, yo podía regresar a reunirme con mi feliz y hermosa familia. Nadie ha sido mejor apoyo para este libro que Amanda Levinson, mi esposa, que ilumina cada rincón con su inteligencia lúcida, su amor incansable y la mejor sonrisa del mundo. Y nada podría disipar los pensamientos sobre la muerte, tan rápida y plenamente, como “andar juntos entre las diez mil cosas”¹ con mis amados muchachos, Leo y Sal, hechiceros de lo común, voces que hablan y cantan, cabezas que deben ser besadas.²

Estoy agradecido a Michelle Lipinski, una extraordinariamente reflexiva y concienzuda editora, y a Mark Goodale por creer en este libro y trabajar para mejorarlo, así como a los dos revisores anónimos de Stanford University Press. Elaine Scarry plantó la semilla de este libro mucho antes de que yo tuviera la fortuna de conocerla, cuando leí *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*³ y, a través de él, adquirí un nuevo sentido de lo que era posible para un estudio en humanidades. Mi amiga y colega Sarah Wagner fue otra de mis interlocutoras más generosas y respetadas. Jay Aronson, Marguerite Bouvard (cuyos trabajos sobre las Madres de Plaza de Mayo, obtenidos en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, fueron un preciado recurso para escribir este libro), Joshua Cohen, Zoë Crossland, Antoon De Baets, Ewa Domanska, Daniel Engster, Terry Karl, Adrienne Klein, Tshiamo Moela, Celeste Perosino, Lindsay Smith y Helen Stacy, todos han influido en este libro tanto personalmente como a través de sus estudios. Para esta edición en español, estoy agradecido a Gerardo Miño de la editorial Miño y Dávila, Sévane Garibian, las traductoras Ángela

-
1. N. de las T.: “*We will walk out together among / the ten thousand things*”, palabras de Galway Kinnell, en su poema “Little Sleep’s-Head Sprouting Hair in the Moonlight”.
 2. Kinnell 1971, 52.
 3. N. de las T.: El cuerpo dolorido: el hacer y deshacer del mundo.

Schikler y Silvia Tenconi, y mi exalumna y amiga Itzél Delgado-Gonzalez por su ayuda con el lenguaje del texto.

Gran parte de este libro trata sobre escuchar, sintetizar y, ocasionalmente, contrastar las voces de los propios expertos forenses. Estoy en deuda con los Médicos por los Derechos Humanos por contratarme para el Programa Forense Internacional e introducirme en este tema, con sus muchas capas de complejidad y de posibilidades. Bill Haglund, el director del Programa Forense Internacional en Médicos por los Derechos Humanos durante muchos años, fue mi primera conexión personal con este campo y continuó compartiendo información y reflexiones conmigo a lo largo de la redacción de este libro. Clyde Snow, la querida y brillante figura fundadora de la investigación forense internacional, me permitió visitar su casa y hablar por horas con un café tostado de por medio y (para él) muchos cigarrillos. Cristián Orrego y Eric Stover, quienes han desarrollado largas e históricas trayectorias interconectando la experiencia científica con el trabajo en derechos humanos, también han sido tremendamente útiles. Clea Koff, autora de *El lenguaje de los huesos*⁴ ha sido extraordinariamente generosa con su tiempo, su estímulo y su disposición para debatir ideas que eran importantes para ambos, pero difíciles de articular; Derek Congram también ofreció conocimientos fundamentales. Otros expertos de Médicos por los Derechos Humanos y organizaciones colegas que contribuyeron con sus puntos de vista son José Pablo Baraybar, Andreas Kleiser, Thomas Parsons, Stefan Schmitt y Susannah Sirkin. Por las múltiples perspectivas sobre la identificación forense de los desaparecidos en Chile, estoy en deuda con Eugenio Aspillaga, Iván Cáceres, Luis Ciocca, Viviana Díaz, Elias Padilla, Pamela Pereira, Isabel Reveco, María Luisa Sepúlveda, y con mi amigo y mentor desde hace mucho tiempo, Pepe Zalaquett. Miembros del Grupo de Tareas de *South Africa's Missing Persons* como Claudia Bisso, Kavita Chibba, Kundisai Dembetembe y Madeleine Fullard, me permitieron participar de una exhumación en el cementerio de Soweto, una experiencia memorable. Por su ayuda para entender las incompletas investigaciones forenses de Jedwabne y las objeciones religiosas que se habían despertado allí, estoy agradecido a Joanna Michlich, el rabino Joseph Polak, Antony Polonsky y Jonathan Webber. Por último, pero no menos importante, los organizadores y los asistentes a la reunión "*Ethics of Post-Conflict and Post-Disaster DNA Identification*"⁵ que se realizó en 2011 en Carnegie Mellon, la Reunión Anual 2012 de la Academia Americana de Ciencias Forenses y el Simposio "*Disasters, Displacement, and Human Rights*"⁶ que tuvo lugar en 2013 en la Universidad de Tennessee, Knoxville, me han proporcionado oportunidades

4. N. de las T.: El título original en inglés es *The Bone Woman*.

5. N. de las T.: Ética de la identificación del ADN luego de conflictos y desastres.

6. N. de las T.: Desastres, desplazamiento y derechos humanos.

invaluables para compartir mi investigación y aprender de otros estudiosos y profesionales.

Este proyecto ha recibido un importante apoyo, en varios puntos, del *Programa de Pensamiento Moderno y Literatura* de Stanford, una Beca de Finalización de Tesis del Consejo Americano de Sociedades Académicas de Mellon, una Beca de posgrado y subsidio de investigación Ric Weiland, una beca Andrew W. Mellon en Estudios Humanísticos y, para mi investigación en Chile, de los Institutos Nacionales de Salud de EE.UU. También estoy agradecido a la Decana Betsy Beaulieu de la División Principal del Champlain College por su apoyo activo a mis estudios.

Entre los muchos amigos queridos que me alientan con su afecto y amplían mis horizontes intelectuales, Thomas Bacon, Colin Cheney, mi “hermano chileno” Robert Alejandro Correa Cabrera y Julie Weise han dejado marcas especialmente profundas en estas páginas. En Vermont, Erik Shonstrom y Mike Kelly me hacen un más feliz y más reflexivo estudioso, maestro y padre.

Por último, pero no menos importante, agradezco a mis padres, Patty y Mike Rosenblatt, a mi hermana, Mia Rosenblatt Tinkjian, y a su maravillosa familia y a mi familia política, Kay, Rock y Lisa Levinson. La devoción artística y personal de mi madre por lo táctil y lo material, y por la ética del cuidado, inspiró la discusión que incluyo al final de este libro. En cuanto a mi padre pienso que, sin él, no podría haber pasado estos años estudiando a un grupo particular de científicos y el trabajo poderoso que hacen cambiando la vida y cambiando la muerte.

Introducción

Empezó en las fosas. Un movimiento de derechos humanos toma forma

De la fosa a la cuna

Las abuelas necesitaban de la ciencia

Los primeros años de la década de 1970 fueron un período de inestabilidad explosiva en Argentina, exacerbado por el regreso del exilio del carismático populista Juan Perón y de su tercer período presidencial. Perón, con problemas de salud, demostró ser incapaz de controlar a la oposición, cada vez más violenta, entre diferentes grupos de derecha e izquierda: cada lado afirmaba ser el heredero ideológico del “peronismo”. Perón murió en julio de 1974 y su tercera esposa, Isabel, asumió la presidencia, dando, en su intento de reafirmar el orden, carta blanca a las organizaciones paramilitares de derecha. El 24 de marzo de 1976, un golpe militar destituyó a Isabel Perón, con el apoyo de gran parte del pueblo “exhausto”.¹ Como en los vecinos Chile, Brasil, Uruguay, Paraguay y otros países de la región, la nueva junta de líderes militares se presentó como la defensora de la seguridad nacional contra los grupos armados de izquierda, y también en contra de un cáncer “subversivo” mucho más vagamente definido que, supuestamente, había echado raíces en la sociedad. Un documento del “constante torrente de discursos, proclamaciones y entrevistas” que la junta argentina publicó, explica: “El cuerpo social del país está contaminado por una enfermedad que, al corroer sus entrañas, produce anticuerpos. Estos anticuerpos no deben ser considerados de la misma manera que el [original] microbio. Como el gobierno controla y destruye a la guerrilla, la acción del anticuerpo desaparecerá (...) Esta es justamente la reacción natural de un cuerpo enfermo”.²

Mientras la política de la Guerra Fría se desarrollaba en América del Sur, la junta argentina pudo compartir inteligencia, prisioneros y técnicas de tortura con las vecinas dictaduras de derecha. Recibió un importante

1. Feitlowitz 1998, 6–7.

2. *Ibid.*, 20, 33.

apoyo moral, táctico y económico de los Estados Unidos y las corporaciones multinacionales.³

La innovación más infame de esta red de regímenes fue el uso programático, contra sus propios ciudadanos, de la “desaparición”: una visión del borrado total del enemigo, inspirada en el programa nazi de “Noche y Niebla” (*Nacht und Nebel*) llevado a cabo contra presos políticos en los territorios de Europa ocupados por los nazis. En Argentina, los izquierdistas y otros presuntos subversivos solían ser arrestados en sus casas, conducidos en el temido automóvil favorito de las fuerzas de seguridad —un Ford Falcon sin matrícula— y ubicados en una red de campos de tortura sin ningún registro de su arresto, usualmente con pocas posibilidades de ser vistos nuevamente.

Algunas de las organizaciones más famosas e influyentes en la historia del activismo de los derechos humanos —y de los movimientos sociales dirigidos por mujeres— se formaron en Argentina como resultado del delito de desaparición forzada.⁴ Las Abuelas de Plaza de Mayo, o también conocidas como las Abuelas de los Desaparecidos. Al igual que sus colegas, las Madres de Plaza de Mayo, el grupo lleva el nombre de la plaza pública más importante de Buenos Aires donde, durante la dictadura y más allá, realizaban marchas semanales, con fotografías de sus seres queridos desaparecidos sujetas a sus ropas o impresas en carteles, y pañuelos blancos en sus cabezas.

El activismo de las Abuelas es, específicamente, una reacción a una variante de la popular “desaparición” en Argentina. Focalizándose en los jóvenes activistas e idealistas, en ocasiones las fuerzas de seguridad secuestraban a los padres jóvenes con sus hijos, así como a las mujeres embarazadas.⁵ A las parejas desaparecidas se les arrebataban los hijos. Mientras tanto, las mujeres embarazadas eran sometidas a torturas especiales y llevadas a instalaciones clandestinas donde, finalmente, daban a luz (un campo de tortura incluso tenía su propia “sala de maternidad”), a veces supervisadas por médicos o enfermeras que realizaban cesáreas o hacían uso de otros métodos artificiales para acelerar el proceso. En los campos, los padres y madres jóvenes casi siempre eran asesinados; pareciera que estar embarazada era uno de los indicadores más seguros de que una prisionera nunca saldría con vida.⁶ Bajo la “teoría de los gérmenes” promovida por la junta,⁷ los hijos de estas personas desaparecidas podrían ser “purificados”, alejados de la subversión, si eran criados por familias relacionadas con el ejército o por la

3. McSherry 2005; Klein 2007, 87–128.

4. Véase Kaplan 2004; Bouvard 2002.

5. Según “Nunca Más”, el informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) de Argentina, el 3% de todas las mujeres desaparecidas estaban embarazadas en el momento de su arresto. Citado en King 2011, 542n34.

6. Arditti 1999, 21–26.

7. Feitlowitz 1998, 33.

elite económica de derecha.⁸ En algunos casos, los niños fueron llevados a vivir con las mismas personas que habían torturado y asesinado a sus padres.

En su mayoría, las Abuelas de Plaza de Mayo eran mujeres cuyos hijos estaban entre los “desaparecidos”, pero que sospechaban que, en algún lugar, todavía podrían tener un nieto perdido, que estaba creciendo sin tener ningún conocimiento sobre su verdadera familia biológica. Además de la angustia de perder a sus hijos, tenían la sensación de que cada día que pasaba, sus nietos (y con frecuencia su única esperanza de tener una familia) se perderían más para ellas, tanto física como psicológicamente, al adaptarse a sus nuevos hogares y a las identidades que les fueron suministradas.

En 1977, las Abuelas se separaron de las Madres de Plaza de Mayo y comenzaron sus propias marchas alrededor de la Plaza de Mayo. La historia de las Abuelas, así como una descripción más detallada de la represión y el activismo por los derechos humanos en Argentina, aparece aquí en el Capítulo 2. A través del trabajo de ambos grupos y sus aliados, la desaparición en Argentina atrajo gradualmente una significativa atención internacional. Durante un viaje a los Estados Unidos en 1982, algunas de las Abuelas se pusieron en contacto con un exiliado argentino, el pediatra y genetista Victor Penchaszadeh, consultándole sobre la posibilidad de desarrollar una nueva prueba genética para ayudarlas en su búsqueda de nietos desaparecidos. En lugar de probar la paternidad, un procedimiento ya establecido, la prueba usaría marcadores genéticos en la sangre, especialmente antígenos leucocitarios humanos (HLA), para proporcionar coincidencias altamente confiables entre los niños y sus abuelos biológicos sin requerir ninguna información de la generación desaparecida en el medio: los padres que habían desaparecido en campos de tortura y fosas anónimas.⁹

Mientras se llevaban a cabo estas discusiones, la junta argentina, acosada por reverses económicos y una vergonzosa derrota militar contra los británicos en las Islas Malvinas, finalmente perdió el control del poder. En 1983, el país celebró elecciones democráticas. El nuevo presidente electo, Raúl Alfonsín, permitió la exhumación de fosas anónimas que se creía que contenían miles de desaparecidos argentinos. Sin embargo, estas exhumaciones iniciales fueron esfuerzos poco sistemáticos, ya que tanto las autoridades forenses como los trabajadores del cementerio que los llevaban a cabo, tenían poco conocimiento de las técnicas apropiadas de exhumación arqueológica y antropológica. En su mayor parte, destruyeron más evidencia de la que recuperaron. Las Abuelas intervinieron y se pusieron en contacto con Eric Stover, entonces director del programa de Ciencia y Derechos Humanos de la Asociación Estadounidense para el Avance de la Ciencia,¹⁰ quien había

8. *Ibid.*, 67–68; Klein 2007, 114.

9. Arditti 1999, 69–71; Keck y Sikkink 1998, 94; Lonardo et al. 1984.

10. Stover luego se desempeñó como director ejecutivo de Médicos para los Derechos Humanos y, actualmente, es el director del claustro docente del Centro de Derechos Humanos en la Universidad de California, Berkeley.

sido brevemente detenido por las fuerzas de seguridad en Argentina. Interesado, pero no sintiéndose seguro con respecto a la ciencia forense, Stover se contactó con la Academia Estadounidense de Ciencias Forenses.¹¹ La Academia trasladó la solicitud de Stover a Clyde Snow, un famoso antropólogo forense conocido por identificar los restos del fugitivo nazi Josef Mengele (“el Ángel de la Muerte”) en Brasil —y por muchos otros casos de alto perfil, tanto contemporáneos como históricos—,¹² y a Marie-Claire King, una genetista interesada en desarrollar las pruebas entre los niños y los abuelos.

Las Abuelas sabían que las exhumaciones científicamente sólidas podían proporcionar pruebas para eventuales juicios contra los torturadores, asesinos, violadores y secuestradores. Sin embargo, era aún más urgente para ellas la posibilidad de que los cuerpos de las desaparecidas pudieran decirles quiénes habían dado a luz antes de ser ejecutadas. En ese momento, se creía que las “cicatrices pélvicas” (marcas de movimiento impresas en los huesos de la pelvis de una mujer) eran una señal confiable de que una mujer había dado a luz.¹³ Mediante las exhumaciones, las Abuelas también podían averiguar si el esqueleto de un bebé o de un feto había sido enterrado junto con su madre. Cuando se encontraba a una mujer que se sabía estaba embarazada, sin un feto o un niño en la fosa con ella, se suponía que el niño desaparecido había sido capturado vivo como “botín de guerra”.¹⁴ Así, su búsqueda revirtió la línea de tiempo habitual de una vida: las pistas encontradas en los cementerios las llevarían a las cunas y a los dormitorios de sus nietos robados.

En junio de 1984, Stover visitó la Argentina junto con una delegación de expertos estadounidenses invitados por el gobierno de Alfonsín para asesorar tanto sobre la exhumación como sobre la identificación de los niños desaparecidos: la búsqueda de los vivos y la recuperación de los muertos.¹⁵ Los compañeros de Stover eran Snow, King, el genetista chileno Cristián Orrego, el patólogo forense Leslie Lukash y el odontólogo forense Lowell Levine.¹⁶ En una historia que ahora tiene un lugar célebre en la historia de los derechos humanos, Snow se comprometió profundamente con la causa de exhumar a los desaparecidos, pasando años yendo y viniendo entre su casa en Oklahoma y Buenos Aires. Reclutó a varios jóvenes estudiantes argentinos y los entrenó en su oficio: Patricia Bernardi, Mercedes (Mimi)

11. Weizman y Keenan 2011.

12. Véase Joyce y Stover 1992.

13. Esta técnica en particular ha sido desacreditada desde entonces. Resulta que las cicatrices pélvicas están más relacionadas con el rango de movimiento de un individuo particular que con el parto. Mientras que las mujeres generalmente tienen pelvis más flexibles que los hombres, los hombres también pueden exhibir cicatrices pélvicas (B. Anderson 1986).

14. King 2011, 542.

15. Arditti 1999, 71.

16. Cohen Salama 1992, 120.

Doretti, Luis Fondebrider, Alejandro Inchaurregui, Darío Olmo y Morris Tidball (ahora Tidball-Binz). Estos estudiantes pasaron a formar el Equipo Argentino de Antropología Forense: la primera organización de derechos humanos dedicada exclusivamente a la investigación forense, y –con la misma precisión, con la misma importancia– el primer grupo de expertos forenses dedicados exclusivamente al trabajo de los derechos humanos.¹⁷

La colaboración entre las Abuelas y los expertos forenses conduciría a una pequeña revolución científica, estimulando el desarrollo de los métodos de pruebas de ADN que, luego, serían utilizados para identificar personas desaparecidas en diferentes entornos, desde genocidios y otros conflictos hasta desastres naturales como el tsunami del Océano Índico en 2004 y el huracán Katrina en 2005. También originó un poderoso nuevo modelo para el activismo de los derechos humanos. El equipo argentino fue requerido por otros países a causa de su experiencia y, eventualmente, trabajó junto con Snow para entrenar y formar equipos forenses en otros países de América Latina. En la década de 1990, tuvieron lugar horribles genocidios en la ex-Yugoslavia y en Ruanda; el número total de civiles muertos y el tamaño de las fosas comunes donde fueron enterrados excedieron lo que el equipo argentino había encontrado en América Latina. El juez sudafricano que jugó un papel de alto perfil en la transición del apartheid a la democracia en ese país, Richard Goldstone, se desempeñó como fiscal general de los tribunales penales internacionales establecidos para investigar violaciones de derechos humanos y juzgar a criminales de guerra tanto para la ex-Yugoslavia como para Ruanda. Familiarizado con la historia argentina, Goldstone solicitó investigaciones forenses en ambas regiones para corroborar los testimonios de los testigos y proporcionar pruebas de genocidio y otros delitos en nombre de la fiscalía. Snow, miembros del equipo argentino, sus colegas de Chile, Guatemala y Perú, así como otras personas mencionadas más adelante en este libro, como Bill Haglund y Clea Koff, se reunieron en las fosas comunes que salpicaban estas dos tierras turbulentas. La investigación forense de las violaciones de los derechos humanos se había convertido en un proyecto global.

En busca de los desaparecidos trata de la política y la ética de este proyecto global. Su principal preocupación es *para qué sirven* las investigaciones forenses internacionales de atrocidades: qué propósito tienen, en nombre de quién, qué ha llegado a esperar de ellas la gente y, realmente, qué pueden lograr. Es un conjunto de preguntas anidadas que –uno pensaría– podría responderse simplemente leyendo la declaración de la misión del equipo argentino y de las otras organizaciones que ahora hacen un trabajo similar. Hacerlo, sin embargo, daría un cuadro muy incompleto. No captaría

17. Un difundido informe sobre la formación del equipo argentino se puede encontrar en Joyce y Stover (1992). La historia de Mauricio Cohen Salama, *Tumbas Anónimas*, presenta más detalles sobre casos específicos y más sobre el trasfondo político que, a menudo, moldeó y limitó el trabajo del equipo.

cómo han cambiado las prioridades de los equipos forenses, a lo largo del tiempo, la complejidad de sus decisiones sobre dónde repartir sus recursos y esfuerzos en el campo, y cuánto todavía queda sin articular en el discurso sobre el trabajo forense.

Además, el “por qué” de las investigaciones forenses internacionales es una pregunta que los propios profesionales han revisado con frecuencia. Las historias de todas las formas de activismo humanitario y de derechos humanos son complejas¹⁸ e implican fases diferentes en las que los métodos y propósitos cambiaron debido a debates internos, competencia organizacional y presiones geopolíticas, entre otras cosas.¹⁹ Los equipos forenses no son ajenos a ninguno de estos fenómenos, y las declaraciones y métodos que la misión sustenta en la actualidad reflejan capas de cambio realizadas a lo largo del tiempo.

Cuando se analiza el desarrollo histórico de la ciencia forense aplicada a las causas de los derechos humanos, se destacan algunas características. Primero, la escalada rápida del trabajo de los derechos humanos forenses, desde el equipo de estudiantes de Snow –quienes trabajaban con mucha esperanza, un poco de miedo y un presupuesto reducido en la década de 1980 en la Argentina– hasta el desconcertante despliegue internacional de expertos que investigaban las fosas comunes en la ex-Yugoslavia y en Ruanda en la década de 1990.

Junto con el rápido aumento de las investigaciones forenses internacionales viene un sentido (a veces articulado por los propios profesionales) de la improvisación. El sentimiento de que los hechos sobre el terreno superan, perpetuamente, las oportunidades para la reflexión –que es endémica para el humanitarismo y las organizaciones de derechos humanos en general (y, en realidad, para cualquier institución con un sentido de propósito urgente)– ha sido particularmente pronunciado en este campo. Los equipos forenses han tratado de mantenerse al día con nuevos conflictos, nuevas tumbas y nuevos tipos de demandas sin mucho tiempo para explorar qué avances históricos, organizativos e incluso morales se estaban logrando a medida que,

18. A lo largo de este libro en ocasiones uso los términos “derechos humanos” y “humanitarismo” en tándem –aunque *no* como sinónimos– al describir los propósitos y la ética que impulsan las investigaciones forenses internacionales. Los derechos humanos y el humanitarismo son tradiciones diferentes, cada una con sus propias organizaciones, cuerpos de leyes internacionales y nacionales, y “culturas” activistas (ver Barnett 2011, 16-17). Sin embargo, las investigaciones forenses internacionales pueden caer en ambas esferas, o en el área donde se superponen. A medida que el campo se vuelve más complejo, las organizaciones comienzan a alinearse, en diferentes grados, con una tradición u otra; aunque, de misma importancia, hay varios expertos que cuestionan la forma en que se esta haciendo la distinción. Para más información sobre la distinción entre derechos humanos/humanitarios en el contexto forense, véase Pearlman 2011; y Rosenblatt 2012.

19. Véase Barnett 2011; Keck y Sikkink 1998; Hopgood 2006.

en América Latina y algunos otros lugares, se reformulaba la obra pionera en una práctica global.

La Fundación de Ciencias Forenses define la ciencia forense como “el estudio y la práctica de la aplicación de la ciencia a los fines de la ley”.²⁰ Sin embargo, una desviación de este conocimiento histórico, médico-legal de la ciencia forense, estuvo en marcha tan pronto como Clyde Snow y sus estudiantes comenzaron a exhumar las fosas de los desaparecidos en Argentina, especialmente, cuando una serie de leyes de inmunidad para los violadores de derechos humanos habían prevenido, durante décadas, la mayor parte de los usos legales para la evidencia forense que el equipo estaba recopilando. Debido tanto a las limitaciones de las circunstancias como a su propio sentido de un propósito más amplio, el equipo comenzó a hablar sobre el dolor, la historia y el ritual más allá del marco del tribunal.

Desde el momento de esas primeras exhumaciones de derechos humanos, las prioridades de las investigaciones forenses han sido elaboradas a partir de un baile complicado entre técnicas científicas que continúan evolucionando, un consenso internacional creciente sobre la obligación moral y la autoridad legal para exhumar fosas comunes después de atrocidades, y los desafíos políticos, legales y logísticos particulares de cualquier contexto post-conflicto. A medida que los expertos forenses individuales y las organizaciones viajan de región a región y de fosa a fosa, también adquieren nuevos datos sobre qué tipo de trabajo apoyarán los tribunales internacionales, las familias de los desaparecidos y otras partes interesadas, dónde se encuentran las prioridades de estas partes interesadas, y cómo responden a las limitaciones. Puede haber obstáculos en el camino para enjuiciar a los violadores de los derechos humanos, como en Argentina, o límites sobre cuántas fosas pueden ser exhumadas y cuántos cuerpos individuales pueden ser identificados cuando los recursos son escasos, las condiciones son deficientes y la infraestructura médica es muy pobre. También existe un peligro real y presente: amenazas de muerte, minas terrestres, trabajos que no se pueden realizar porque las fosas se encuentran en territorio controlado por fuerzas hostiles, o porque están siendo observados por quienes preferirían que la evidencia no salga a la luz.

Otro factor importante que determina la participación de los equipos internacionales en las exhumaciones de fosas comunes es un telón de fondo de desigualdad global masiva: económica, geopolítica y de otros tipos. Los expertos forenses, al igual que sus colegas en muchas organizaciones huma-

20. Citado en Lucas (1989, 719). El *Oxford English Dictionary*, de manera algo más estricta, define “forense” como “de, en relación con, o que denota la aplicación de métodos y técnicas científicas para la investigación del delito”. Las diferencias entre estas dos definiciones son significativas en casos donde, por ejemplo, la identificación forense de cadáveres después de un conflicto (legal) violento o un desastre natural satisfaría las demandas del derecho internacional humanitario, sin que se investigue ningún “delito”.

nitarias y de derechos humanos, son generalmente conscientes de que los proyectos de asistencia aun bien intencionados e incluso exitosos pueden tener consecuencias negativas involuntarias; también pueden interpretarse como parte de una larga y dolorosa historia en la que las naciones ricas occidentales han interferido en la política y en las economías de las naciones más pobres, ofreciendo posteriormente sus "remedios" interesados por las distorsiones introducidas a través de la ideología imperialista y el robo. Cuando los *cuerpos* de personas históricamente colonizadas y subyugadas son sacados de la tierra y colocados al cuidado de expertos científicos internacionales, también está presente en la mente de muchos, el legado de la atención particular del colonialismo a esos cuerpos muertos: su exhibición, categorización, estudio y regulación y, en muchos casos, la perturbación de su descanso final.²¹ Las declaraciones de la misión de los equipos forenses suelen enumerar todos los posibles resultados y prioridades de su trabajo sin explicar la relación *entre* ellos: cómo una prioridad puede avanzar contra la otra, cómo lo que la ciencia forense *puede* lograr sea diferente de lo que se espera o desea de los equipos forenses dado cualquier contexto.

Tampoco es tan fácil responder a la pregunta "por qué" ya que sigue habiendo un gran territorio no descubierto dentro de la ética forense. La conversación entre expertos forenses ha avanzado mucho más allá de una definición exclusivamente médico-legal del trabajo forense en los territorios de los derechos humanos y del humanitarismo, así como en la justicia transicional, la verdad pública y la memoria colectiva. Sin embargo, aún hay mucho que decir sobre lo que los expertos forenses hacen por los cadáveres que exhuman e identifican, y por las comunidades de dolientes a su alrededor: cómo el trabajo forense responde a la dinámica del dolor, el deseo de cuidar cuerpos y objetos, y las violaciones infligidas a las víctimas de atrocidades incluso después de su muerte.

En este libro, aplicaré algunas herramientas nuevas a la ética de las investigaciones forenses internacionales. Comienzo analizando las investigaciones forenses específicas y el diálogo ético sustancial que ya está teniendo lugar dentro de la comunidad de profesionales, pero también expongo reflexiones desde la teoría política y moral, la antropología y la sociología, y estudios sobre la política y la filosofía de los derechos humanos. El enfoque en los derechos humanos—considerado a través de lentes múltiples como un marco legal, un conjunto de conceptos sobre la relación entre el individuo y la sociedad, y especialmente como un discurso— es particularmente importante. Gran parte de los estudios existentes en humanidades y ciencias sociales sobre investigación forense solo hacen referencia superficial a los derechos humanos. Algunos estudiosos han comenzado a vincular los temas de la práctica de la investigación forense con los debates en curso que han acompañado el extraordinario aumento del marco de los derechos humanos, especialmente,

21. Véase Pierce y Rao 2006.

la tensión de larga data entre la moral universal y la diferencia cultural.²² Pero la cuestión de dónde *caben* los derechos humanos –no solo en investigaciones específicas, sino también en términos de un “por qué” más amplio, más allá de un proyecto global de exhumación de fosas comunes– todavía requiere una investigación más profunda e interdisciplinaria. Algunas de las cuestiones que considero en este libro, tales como, por ejemplo, la manera en que el contexto de la investigación de la fosa común provoca una confrontación única entre los derechos humanos y las creencias religiosas, o la relación entre los derechos humanos y el cuidado de los cadáveres, apenas han sido abordados en los informes forenses o los estudios.

Este libro combina un sentido fundamentado de la vida cotidiana de las organizaciones que llevan a cabo investigaciones de derechos humanos forenses con perspectivas nuevas y teóricamente informadas sobre esas experiencias vividas. Está basado en mis experiencias como empleado de Médicos por los Derechos Humanos, la observación de exhumaciones y visitas a proyectos o instalaciones forenses en Sudáfrica, México y Chile, las entrevistas semiestructuradas con expertos forenses, activistas de derechos humanos, abogados, familias y amigos de personas ausentes y desaparecidas en varios lugares, la investigación de archivo y lectura significativa de publicaciones dentro del campo. La amplia red que he lanzado es el producto de mi convicción de que es hora de que haya un conjunto de reflexiones basadas históricamente sobre la investigación forense en derechos humanos como un *campo* diferente y en red del activismo global y la práctica científica, en lugar de una colección de casos dispersos.

Construir un puente entre la erudición de los derechos humanos y la práctica forense tiene implicaciones para ambas partes que están siendo conectadas. Aunque las perspectivas nuevas y desafiantes sobre el trabajo forense emergen de un compromiso con muchas otras disciplinas y literaturas que han comenzado a tomar en serio los derechos humanos, las realidades de las fosas comunes y la práctica científica ayudan a exponer lugares donde los debates teóricos han perdido contacto con las circunstancias reales que suelen enfrentar los expertos forenses y otros trabajadores de los derechos humanos. En estos casos, el estudio en derechos humanos, a menudo, se ha excedido demasiado en la argumentación elegante orientada hacia un mundo que no puede existir. Las personas que exponen esos argumentos a veces han exigido cosas que el activismo por los derechos humanos nunca ha podido lograr, mientras que no logran ver los grandes éxitos, que no están descriptos fácilmente en sus vocabularios.

Este capítulo ofrece una amplia visión general del trabajo forense en el contexto de los derechos humanos, incluidas las organizaciones principales en el campo, las disciplinas y las metodologías empleadas, y algunos términos clave. También destaca algunos de los supuestos éticos básicos que tanto definen el campo como guían las prácticas diarias de los equipos forenses.

22. Véase Wagner 2010; Gupta 2013.

Organizaciones forenses internacionales y su desarrollo

Este libro se centra en un campo compuesto principalmente por organizaciones independientes, sin fines de lucro, que movilizan el conocimiento experto forense en respuesta a las violaciones de los derechos humanos. También se ha recurrido, en los últimos años, a algunas de esas organizaciones para aplicar sus habilidades en la identificación de cuerpos después de un desastre natural. La mayoría de las exhumaciones discutidas en estas páginas se llevan a cabo en fosas comunes producidas como resultado de violentos conflictos étnicos, religiosos y políticos. Estas fosas comunes posteriores al conflicto provocaron la creación de equipos forenses multidisciplinarios de derechos humanos y han sido el foco del diálogo más sostenido sobre las investigaciones forenses internacionales, diálogo donde la cuestión del “por qué” ha estado a la vanguardia. Ese diálogo, sin embargo, está cambiando rápidamente, con equipos forenses que se involucran no solo en sitios de desastres naturales, sino también en casos que están fuera de los conflictos étnicos, religiosos y políticos “clásicos” que han definido gran parte del trabajo en derechos humanos tales como los brutales asesinatos en serie de mujeres en México y Guatemala, y los inmigrantes por motivos económicos no identificados que mueren cruzando la frontera entre Estados Unidos y México.

Las organizaciones no gubernamentales involucradas en este trabajo incluyen al Equipo Argentino de Antropología Forense, a varios otros equipos forenses latinoamericanos, a Médicos por los Derechos Humanos, al Comité Internacional de la Cruz Roja, a la Comisión Internacional sobre Personas Desaparecidas y otros, todos ellos descritos en el Apéndice. Elegí enfocarme, principalmente, en una comunidad interrelacionada de organizaciones relativamente antiguas, que reflejan la evolución del campo a lo largo del tiempo. Hay otras organizaciones que se parecen, en misión y metodologías, a los grupos mencionados, por ejemplo, la organización británica Inforce (*International Forensic Centre of Excellence*) y el equipo “bicomunal”, patrocinado por la ONU, griego turco chipriota, que trabajan para identificar a las personas desaparecidas como resultado de los conflictos de los años 1960 y 1974;²³ sin embargo, sus proyectos e historias no caben en el alcance necesariamente limitado de este trabajo. Muchos equipos forenses, como los diversos grupos de científicos forenses europeos que exhumaron fosas en nombre del Tribunal Penal Internacional para la ex-Yugoslavia y el equipo de Fosas Comunes de Irak, auspiciado por el gobierno de los EE.UU., son entidades temporarias específicas del proyecto.²⁴ Finalmente, las organizaciones emergentes han comenzado a aplicar las técnicas y los discursos, ambos de igual importancia, humanitarios y de derechos huma-

23. Véase Comité sobre Personas Desaparecidas en Chipre (CMP).

24. Corder y McKelvie 2002, 874.

nos desarrollados por equipos anteriores en escenarios que van más allá del contexto de los crímenes de la guerra tradicional. El Centro Colibrí para los Derechos Humanos y el proyecto Reunificación Familiar, ambos activos en la identificación de cuerpos de inmigrantes en la frontera entre Estados Unidos y México, se encuentran entre ellos.²⁵

Aunque no hay un inventario disponible, incluso el limitado grupo de organizaciones forenses analizadas en este libro han participado en exhumaciones y otras investigaciones de derechos humanos en muchos países diferentes.²⁶ Las exhumaciones en Argentina y en la ex-Yugoslavia, que reciben una gran cantidad de atención en estas páginas, son indiscutibles en su importancia para la historia del campo y el desarrollo de la ética forense: Argentina es el origen de la investigación forense internacional, así como donde aparecieron las primeras objeciones significativas a las exhumaciones entre las familias de los desaparecidos. La ex-Yugoslavia es un hito por el tiempo y los recursos sin precedentes puestos allí en el trabajo forense, el número de diferentes expertos, organizaciones y grupos familiares que convergieron en esas fosas, y los profundos conflictos suscitados entre las prioridades del tribunal internacional y las necesidades de los dolientes. Debido a que generalmente he seleccionado proyectos que han tenido una influencia duradera en el diálogo sobre la ética forense –donde la pregunta “por qué” no puede ser ignorada–, la complejidad y la controversia se desarrollan como hilos brillantes a través de los varios casos discutidos en este libro.

Vale la pena mencionar que hay muchos proyectos forenses en otros países, como Guatemala y Zimbabue, donde las condiciones parecen haber permitido relaciones cercanas y mutuamente satisfactorias entre los equipos forenses y los deudos.²⁷ En Ciudad Juárez, México, entre las diferentes organizaciones en busca de respuestas sobre el crimen de “femicidio” y sus víctimas, los años de frustración y la atención irregular de las autoridades condujeron a un ambiente tan venenoso que, cuando visité Médicos por los Derechos Humanos, los grupos de víctimas no estaban dispuestos a reunirse en el mismo lugar. Sin embargo, en nuestras reuniones separadas con esta comunidad dividida, casi todos expresaron su apoyo y confianza en el Equipo Argentino de Antropología Forense, que había comenzado a revisar los archivos de las mujeres desaparecidas.

Todas las organizaciones que han aplicado la ciencia forense a casos de derechos humanos tienen estructura, misión, alcance geográfico e historia

25. Véase Soler, Reineke y Anderson 2013; Sacchetti 2014.

26. Un estudio de solo cuatro organizaciones encontró que, sólo durante la década de 1990, los antropólogos forenses que trabajaban en estos equipos habían viajado a treinta y tres países (Steadman y Haglund 2005); el Equipo Argentino de Antropología Forense solo, en su sitio web, enumera cuarenta países donde ha realizado investigaciones, capacitaciones o evaluaciones (Equipo Argentino de Antropología Forense, “Trabajo del EAAF por Región y País”).

27. Véase Stover y Shigekane 2004, 88, 96–97.

diferentes. A pesar de todas estas diferencias, todas ellas han participado en procesos paralelos de institucionalización e internacionalización. Por institucionalización quiero significar no solo el proceso mediante el cual los expertos forenses individuales han sido incorporados a las organizaciones de derechos humanos, sino también cómo esas organizaciones han llegado a formar una comunidad más amplia, disseminando sus experiencias a través de artículos de revistas y conferencias, compartiendo conocimiento experto sobre nuevas tecnologías y debatiendo, a veces, sus usos y, lo más importante para este libro, discutiendo la política de las investigaciones forenses y sus estándares éticos. Igualmente esencial, estos expertos y organizaciones han sido activos en la institucionalización del llamado a investigaciones forenses después de la atrocidad, creando así un lenguaje de justificación para el trabajo que realizan. Apoyan las leyes y los programas relacionados con la búsqueda de personas desaparecidas en los países donde trabajan,²⁸ así como los derechos e instrumentos relevantes de la ley internacional, tal como el derecho a conocer el destino de las personas desaparecidas.²⁹

Un idealista podría ver estos esfuerzos en la promoción de un marco moral y legal para la investigación forense como el esfuerzo ferviente del campo para traducir las necesidades y experiencias de los dolientes con quienes han trabajado dentro de una respuesta significativa de la comunidad internacional; un cínico podría verlos como argumentos interesados para la continuación de la existencia y el financiamiento del campo.³⁰ Ambos puntos de vista pueden ser verdaderos al mismo tiempo, y cuando cualquiera de los dos se presenta sin el otro, rápidamente se convierte en una caricatura. Dicho esto, hay que elegir qué voz se oírás más fuerte y, por las razones que se describen más adelante en este libro, creo que el cínico no tiene una mayor demanda de “realismo” sobre las investigaciones forenses internacionales que el idealista. Permitir que la voz idealista hable —no en las narrativas heroicas simplistas que han caracterizado la cobertura mediática de las investigaciones de las fosas comunes, sino más bien con rigor y complejidad— me parece tanto un reflejo preciso del campo como un correctivo para algunos estudios recientes.

El segundo proceso común para las organizaciones en el campo es la internacionalización. La mayoría de los equipos forenses no surgieron exactamente de manera espontánea; más bien, se formaron y capacitaron para realizar su trabajo altamente técnico a través de colaboraciones internacionales. El equipo argentino surgió de los contactos entre las Abuelas de Plaza de Mayo y científicos estadounidenses; poco después de su fundación, comenzó a trabajar más allá de las fronteras de Argentina, desde El Salvador hasta la ex-Yugoslavia, y también ayudó a formar nuevos equipos forenses en toda América Latina. Tampoco esta transmisión internacional de conocimientos

28. Véase International Commission on Missing Persons, “Mandate”; Wagner 2008, 262.

29. Véase, por ejemplo, Argentine Forensic Anthropology Team 2002; Michel 2003, 6.

30. Véase Kennedy 2004, 26–30.

Vista parcial del contenido del libro.

Para obtener el libro completo en formato electrónico puede adquirirlo en:

www.amazon.com
www.bibliotechnia.com
www.interebook.com
www.e-libro.net

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦